

IV

Discursos Medicinales del Licenciado Juan Méndez Nieto

(Continuación.)

LIBRO SEGUNDO DE LOS SUCESOS Y CURAS MARAVILLOSAS QUE DIOS NUESTRO SEÑOR FUE SERVIDO DE OBRAR POR MANO DEL LICD. JUAN MENDEZ NIETO EN CUARENTA Y SIETE AÑOS QUE HA QUE RESIDE Y CURA EN ESTAS INDIAS OCCIDENTALES, Y DE LOS REMEDIOS EXQUISITOS, EXTRAORDINARIOS Y SECRETOS, MEDIANTE LOS CUALES LAS DICHAS CURAS TUVIERON EFETO. COMPUESTO Y ESCRITO POR SU MISMO AUTOR PARA GLORIA DEL MISMO SEÑOR QUE LOS OBRÓ Y PROVECHO DE LOS PRÓJIMOS. EN LA CIUDAD DE CARTAGENA DEL PONIENTE EN EL AÑO DE NUESTRA REDENCIÓN DE 1607.

LIBRO SEGUNDO

DISCURSO 1

TRATA DE CÓMO LLEGUÉ A LA ISLA DE LA PALMA EN COMPAÑÍA DE CRISTÓBAL DE TAPIA, BALTASAR GARCÍA Y LUIS DE ANGULO, VECINOS DE SANTO DOMINGO DE LA ESPAÑOLA, Y DE LO SUCEDIDO EN ELLA.

Como me viese embarcado en San Lúcar, en la forma que atrás queda dicho, llegamos a la Isla de la Palma yo y mis compañeros en 15 días de navegación, y todos con salud y a salvamento, a Dios gracias; y lue-

go un mercader rico de aquella cibdad llevó los tres personajes de Santo Domingo y les dió una casa suya en que se hospedasen, que estaba pared en medio de la de su morada, y allí los regalaba y enviaba cabritos y conejos que comiesen, de que aquella Isla es muy abundante, por cuanto tenía trato y correspondencia en Santo Domingo de mucho vino y ropa que en cada un año enviaba a aquella Isla, y por tenerlos por amigos para lo que allá se le ofreciese, le estaba bien hacelles aquella buena obra, que, al fin, quien siembra, coge.

Yo me quedé con doña Marta y dos criadas que llevaba en el navío, y envié el mozo que traía para que me tomase posada; y sabido que quedaba allí, envió luego un hombre rico que moraba en la plazuela de aquel pueblo, enfrente de la Chorrera, con grande aparato a buscarme, que había mucho tiempo que estaba enfermo y muy maltratado de una fiebre ética, y como a la sazón no hubiese allí médico, por muerte del Bachiller Ortes, que poco había que era fallecido, tuvo este enfermo a grande ventura que hubiese yo llegado a tan buena sazón y coyuntura; y ansí me aposentó en un cuarto alto de su casa todo el tiempo que allí estuve, que fueron cerca de dos meses, dándome todo lo necesario muy cumplida y liberalmente.

Aposentados que fuimos en la Palma, procuramos luego embarcación para Santo Domingo, y no hallando otra, nos embarcamos en una galeaza que con título de Villaviciosa Vizcaíno estaba allí cargando de vinos para ir a resgatar cueros a la banda del Norte de aquella Isla; porque ella, en efecto, era de franceses ladrones vascongados, de allí de la raya de Viscaya, como después pareció por la obra.

Habiendo un mes, poco más, que residíamos en la Palma, sucedió que Luis de Angulo, como mozo y poco prudente, no teniendo cuenta con el buen hospedaje y acogimiento que Lesmes de Miranda les había hecho, que ansí se llamaba el mercader que los llevó a su casa, comenzó a hurgar y escarbar las tablas que dividían la una casa de la otra, para poder hablar con una hija

de su huésped, de ocho que tenía, todas ellas buenas mozas y que estaban ya casaderas; y no pudiendo de otra manera, hizo con una barrena un agujero por entre una y otra tabla, y después con un cuchillo lo fué rompiendo tanto, que se veía todo lo que pasaba en el aposento de las doncellas y se podía hablar holgadamente. No pudo el negocio estar tan secreto que el padre a pocos días no lo entendiese; y disimulándolo mucho, ordenó que un día de entre semana las hijas todas se vistiesen y aderezasen lo mejor que pudieron, y las sacó a la sala y asentó en sus cojines y estrado por su orden, enfrente de las ventanas, por que se dejasen mejor ver. Y sacando allí un clavicordio, que algunas dellas tocaban muy bien, hizo llamar a un maestro que las había enseñado a danzar, y sin que hubiese otra persona alguna, porque la madre había tres años que era difunta, pasó el mismo padre a la otra casa donde estaban los huéspedes y yo con ellos y Juan de Gudiel, que venía por Gobernador a Jamaica, y había venido en nuestra compañía y habíamos comido todos juntos aquel día, y estando así todos juntos, que habíamos acabado de comer, llegó el Lesmes de Miranda y nos suplicó nos llegásemos todos con él hasta su casa para honrarlo en cierto negocio que se le había ofrecido. Levantámonos luego todos y lo pusimos por obra con mucha diligencia, como la razón y buen hospedaje lo requería, y subidos que fuimos, entendimos que quería desposar alguna hija, y nos asentamos y comenzamos de mirar las mozas, que de antes víamos por cantimplora, muy a nuestro placer y de popa a proa, por beneficio de las ventanas que en frente estaban.

Habiendo, pues, estado un poco suspensos, que no determinábamos qué misterio fuese aquél, comenzó el danzador, tocando la una dellas, demostrar sus habilidades, y danzó escogidamente; y luego las fué sacando todas una a una y danzando con cada cual, una, dos y más danzas, todas ellas diferentes, con mucho primor y sin errar punto. Danzaron después todas juntas la Hacha con tanta desenvoltura, que era cosa de ver; y por

remate bailó la menor dellas un Canario, con tantas diferencias y armonía, que afirmaron todos aquellos señores que en la corte de donde venían no habían visto cosa semejante.

Acabóse la fiesta cerca de la oración, y levantándose el padre, se vino a nosotros y nos dijo: —¿Qué les ha parecido a Vs. mercedes mis hijas? —Muy bien, señor, y que pueden ser damas de la Reina, y lo merecen. —¿Viéronlas y notáronlas bien todas, de pies a cabeza? —Muy bien, por cierto, y llevamos qué contar para muchos días de lo bien que lo hicieron. —Pues suplico a Vs. mercedes no me hagan más agujeritos en la casa; sino cuando las quisieren ver, vénganse aquí, que ellas saldrán todas y los servirán y harán lo que les quisieren mandar.

Quedáronse todos mis compañeros atónitos, hechos monos, que no supieron qué responder; y como yo los viese tan atajados, salí al camino y dije: —No crea Vmd., señor Lesmes de Miranda, que estos señores saben parte deso. Porrillas, el paje del señor Cristóbal de Tapia, estaba el otro día escarbando con un cuchillo, y preguntándole yo para qué lo hacía, dijo que para que por allí le encendiesen la vela cuando se apagaba, por no salir por la calle a encendella. —Eso debe de ser, dijo Tapia, y él no estará más conmigo.

Acabóse con esto la comedia, y en llegando a casa dió de bofetones al mozo y lo echó por la escalera abajo. El se recogió aquella noche en casa del huésped, el cual habiéndose bien informado del mozo, halló que debía tener poca culpa o ninguna, y así lo llevó otro día de mañana a su amo y le suplicó que lo recibiese, que ya él lo había perdonado; y desta manera se concluyó todo.

Volviendo, agora, a mi huésped, que era hombre principal y estaba enfermo de una fiebre ética complicada con otra pútrida, por razón de la cual tenía a terceros días crecimiento muy notable, con mucho riesgo y peligro de la vida, así por ser la enfermedad tan grave, como por la mucha flaqueza y pocas fuerzas que ya tenía, procuré por todas las vías y modos quitarle

la terciana continua, que era lo que más le aflegía y lo ponía en más riesgo de caminar brevemente, lo uno por hacelle buena obra y pagalle el hospedaje, como era razón, y lo otro porque me turase todo el tiempo que allí estuviese. Fué Dios servido que salí con mi intención, y de suerte, que decía él que ya no sentía calentura; y era que como la terciana no le venía, que le había ya faltado por beneficio de los remedios que se le hicieron, de que luego daré noticia, la ética que le quedaba no la sentía, porque es fiebre habitual y, como Galeno dice, el que la tiene piensa que está sin calentura y no la siente.

El beneficio con que la complicada se le quitó en pocos más de ocho días, fué mediante una apócima extintoria que bebió, del mismo modo y manera que en el primero libro queda recetado, adonde remitimos al lector, por no escrebir muchas veces una misma cosa; y por una onza de pulpa de caña fístola con media de pulpa de tamarindos y dos de jarabe de nueve infusiones, desatado todo en cocimiento de tamarindos, que tomó luego en pos della, con que purgó mucha colora por la urina, y hizo algunas cámaras que, aunque pocas, le hicieron notable provecho; y sacándole dos días después de purgado cuatro onzas de sangre del hígado, que tenía muy inflamado, y untádoselo con unguento sandalino y aceite violado, partes iguales, y los lomos y todo el cerro con unguento rosado, tuvo fin la calentura, como dicho es, y el enfermo quedó tan contento, que no sabía regalo que hacerme, y trató con el Licenciado Betancor, grande letrado en Leyes y muy leído y curioso en muchas otras facultades, que diese orden cómo la ciudad me hiciese allí quedar y no parase en dinero, que él contribuiría la cuarta parte de todo lo que me diesen; y me vino el mismo Licenciado a hablar de parte del Cabildo, y me ofreció muy buen partido con muchas ventajas y regalos, y realmente yo lo acetara si no fuera una cobranza que llevaba para la Nueva España de quince mil pesos de minas, que estaban en el arca de los difuntos en Jalisco, de un deudo mío que

allá había fallecido; y ésta fué la causa porque no me quedé en la Palma; que en lo demás, la tierra, aunque es corta, me había contentado mucho, por las buenas aguas y temple que tiene, demás de mucho pan y vino que en ella se coge, y muy abundante de carne y caza, que valía un conejo medio real, y un cabrito real y medio, y muchas y muy buenas uvas y peras, conservas y azúcar, con otras muchas cosas buenas con que se pasa la vida apaciblemente.

Algunos otros enfermos curé en aquella Isla el poco tiempo que estuve en ella, que por ser curas ordinarias y comunes y no tener cosa notable, las dejo de referir, y en su lugar referiré la triste y desgraciada muerte de Gómez Cerón, gobernador de Popayán, que fué allí en aquella Isla, estando yo presente, y pasa desta manera:

Era Gómez Cerón natural de la Isla de Canaria, uno de los más principales caballeros que en ella nacieron, gentil hombre de cuerpo y rostro, de edad de 24 años, muy noble de condición y muy caballero en todas sus obras; y por estas buenas partes que tenía, fué proveído fácilmente por Gobernador de Popayán, y habiéndose despachado en Canaria y despedido para hacer su viaje, se vino por la Palma para se despedir de sus deudos y amigos que tenía allí, que era muy querido y respetado de todos, y estándose allí holgando con su mujer y cincuenta criados que traía, todos muy lucidos y gallardos, que como era tan noble no sabía decir de no a cuantos querían venir con él, y estando con todo este contento y autoridad, sucedió que se veló una hija de un hombre principal de aquella Isla y suplicáronle que fuese él y doña María, su mujer, los padrinos. Acetólo fácilmente, y acabando de comer, con muchas fiestas y bailes, jugaron cañas los más granados de aquel pueblo, estando él y su mujer en una ventana y los novios allí junto a ellos en otra. Sucedió en el juego que se volvieron dos mozos de los que servían las varas, echando ambos mano a una vara, sobre cuál dellos la había de llevar, y largando ambos la vara con las otras que tenían se comenzaron a sacudir el polvo con buena gra-

cia. A esto acudió el amo del uno y ayudó a su criado con otra vara, y luego llegó el del otro, y echando mano a la espada, comenzó a dar en los dos, y luego echaron los demás mano a las espadas y se revolvieron todos de suerte que era muy dificultoso el poderlos meter en paz; para lo cual fué necesario que bajase el Gobernador, y bajando a gran priesa, porque andaba muy sangriento el torneo, así a pie como a caballo, quiere la fortuna, que no deja durar la felicidad y gozo mucho tiempo, que al salir de la puerta tenía un mulato la lanza de su amo atravesada, y como salía corriendo y con poco tiento, metióse de encuentro la lanza por el degolladero, y fué tal el golpe, que pasó la lanza de parte a parte cortándole las venas juglares y la caña toda, ni más ni menos que si lo degollaran. Cayó luego, y en esto arrodilléme yo junto a él, que era el que más cerca se halló, y asiéndole reciamente con ambas manos el gaxnate, le dije: —Pida Vmd. confisión. Y dijo: —Sí. Que lo oyeron; y acabándolo de decir, expiró luego. Adonde se dejó ver bien claramente cómo los postreros gozos y placeres el luto lo ocupa y goza.

Quedó su mujer poco menos muerta y sin pulso que él estaba, tanto, que para volvella fué menester estar toda aquella noche dándole garrotes y haciéndole otros remedios, con que a cabo de doce horas volvió, sin poder echar lágrima ni hablar palabra en todo aquel día.

La música que traía y las galas y bizarría de los criados todo se volvió en luto y triste planto, y a la doña María le quedó una fiebre lenta melancólica, que en ocho días la consumió, y paró tan delgada, que no la conocieran, y luego dende a pocos días vinieron por ella sus deudos y la volvieron a Canaria, y así tuvo fin esta tragicomedia.

Nosotros dábamos toda la priesa pusible a nuestro capitán de la galeaza, que se decía Antonio Gómez, nombre postizo, porque era natural francés, como después se vido, para que nos embarcásemos; y acabándose de despachar dende a 15 días, nos partimos, dejando a mi huésped, a su parecer, sano y contento, aunque al

mío, con una fiebre ética que poco a poco lo iba consumiendo, y como tal, le dejé un largo regimiento de todo lo que debía hacer, avisándole con aquel género de calentura, aunque no la sentía, que por tanto no se descuidase de hacer todo lo que allí le mandaba, porque todo era necesario, y aun apenas bastaría para desterrar tan mala enfermedad. Agradeciémelo mucho y dióme 18 capones gordos para el camino y todo lo demás necesario para el matalotaje.

Estando ya a pique para nos embarcar al otro día de mañana, sopló aquella noche un viento levante travesía a deshoras, de suerte que arrancó cuantos navíos y barcos había en el puerto con sus amarras colgando, y entre ellos nuestra galeaceta, y los llevó volando por donde le plugo, y todos los que tomó desapercibidos y sin gente suficiente para poder dar vela y correr a popa, se perdieron, y los demás se salvaron, y entre ellos la galeaza, que tenía ya toda la gente embarcada para salir aquel día, y volvieron a cabo de ocho días muy destrozados y maltratados, de suerte que fué menester aguardar otros cuatro días para se reformar.

Reformado que fué el navío, nos embarcamos con buen tiempo, confesados y comulgados, que fué bien menester para lo que después sucedió, como luego veremos, y a pocas jornadas que hobimos caminado con buen viento, comenzó el navío a temblar un día al amanecer, como cuando toca en piedra o banco de arena, y alborotamos todos, y un viejo que allí iba tollido de arcabuzazos, que por muy diestro y experimentado lo traían consigo, que los regía a todos, y éste nos aseguró diciendo que no temiésemos, que era ballena que pasaba por en bajo del navío. Y luego en continente salió toda la gente a bordo con harpones en las manos, unos de seis garfios que parecían parrillas, otros de menos, y algunos de solo uno: y en saliendo que salió la ballena afuera, comenzaron a descargar en ella con gran fuerza y la clavaron por muchas partes, y dándole larga soga la amarraron a dos pipas vacías y bien atapadas, y echándolas a la mar se pusieron al través esperando a

que la ballena se desangrase y muriese, como lo hizo en espacio de media hora. Y luego llegaron con la barca, que en este tiempo habían echado fuera, y la trujeron a la sirga, que estaba ya sobre aguada, y aderezando dos aparejos, uno a popa y otro a proa, la subieron, y con el grande peso del pescado y con la gente que cargó toda a vello a bordo, zozobró el navío y echóse de lado, dando con las gavias en el agua, y nos perdiéramos todos a no ser el navío cerrado como galera, que no le pudo entrar agua por la cubierta. Y luego largaron el pexe, y nosotros nos pasamos a contrapesar al otro bordo, y achicando el agua que había entrado, volvieron a subir su ballena con más tiento y consideración que de antes, y subida que fué, cogía todo el navío de largo a largo y sobraba afuera dél por hacia la cola largas dos varas.

Comenzaron luego con hachas a despedazarla, y apartando las ijadas, las salaron, y dellas hinchieron tres pipas, y de la enjundia y gordura que derritieron hinchieron dos pipas de aceite, y lo demás de huesos y pescado botaron a la mar, que serían a buen juicio largas cien arrobas lo que botaron, y con todo esto afirmaban que era ballenato nuevo, que a ser ballena, tuviera ámbar, que es lo que ellos en aquella caza pretenden, y tuviera dos tanto cuerpo.

Después comían de aquellas ijadas salpresadas, y yo también las probé, y tenían buen gusto, y pescado tan bueno y mejor que el atún de badana que dicen.

Caminamos otras dos jornadas, y en el postrero día nos siguió un grande tiburón por popa, y echándole un pedazo de carne en un grande anzuelo con dos palmos de cadena, lo cogimos fácilmente, y era cosa de ver y notar que traía más de cien pexes revesos, que son los que en España llaman tardanao, apegados por todo el cuerpo, que parece se acogen a él como puerto seguro para librarse no los coman los otros pescados que pueden más quellos, que parece verdaderamente que usan de razón y discurso como el hombre, y que no difieren dél más que en no saber decir lo que entienden

y sienten, como tenían por opinión los estoicos filósofos, y deste parecer fué nuestro Galeno, según que claramente lo dice en la Oración suasoria Ad bonas artes, luego al principio, adonde afirma que de la razón que se concibe en el ánimo y del discurso que no se articula ni pronuncia, todo animal es participante.

Tenía este tiburón veinte y más palmos de largo, y debía de pesar diez y más arrobas. Sacáronle del buche cuando lo abrieron más de 15 pescados pequeños, unos de más de palmo, otros mayores y otros menores, de los cuales los que estaban sanos, que no los había comenzado a cocer o digerir nos sirvieron para comer aquel día, que era viernes, y a ello hicieron tasajo los marineros, y secos al sol y viento sin sal alguna, los comían asados y con ajo, y yo también me hartaba dello, que tienen el pescado blanco y muy sabroso, ni más ni menos que el cazón.

Habidos estos dos sucesos al principio de nuestra navegación, fuimos nuestro viaje adelante, y a cabo de ocho días que habíamos navegado descubrimos un pequeño navío que venía por la misma derrota que nosotros, y en descubriéndolo al salir del sol, luego nuestros cosarios amainaron y se pusieron mar en través a esperarlo, muy armados y puestos a punto; y llegando que llegó el navío nos hizo veinte reverencias y salvas con las velas, con dos versos que traía y de palabra, saludándonos; y, sin embargo desto, le mandaron que amainase y que echase batel, y diciéndole el maestre que eran cristianos de paz y que iban de la Gran Canaria con vino para la Habana, le respondió nuestro capitán Antonio Gómez que amainase, si no, que lo echaría a fondo. Y en diciendo esto disparó un tiro, y con él le llevó el trinquete. En esto acudimos todos los pasajeros, que éramos diez o doce, buena gente todos y de mucho punto, y diciéndole que aquello era mal hecho y que no se sufría a los amigos tratállos de aquella manera, no habiendo hecho por qué, respondió muy enojado que eran unos bellacos, porque les habían atravesado por proa, habiendo de pasar por popa, y que los había de

echar a fondo y a nosotros con ellos si más hablábamos. Y diciendo esto, apellidó la gente en vascuenco, y cáta-los aquí donde vienen todos con espadas y rodelas, echándose tajos y reverses muy apriesa. Retirámonos más que de paso al castillo de popa, que era nuestro alojamiento, y tomando apriesa nuestras armas les defendimos la entrada, y dando y tomando golpes se encolerizó Cristóbal de Tapia, y salta con un montante fuera sobre jareta, y los comenzó a zapatear de tal manera que tuvieron por partido meterse en bajo de jareta y aun de cubierta, y el afligido navichuelo pasó en el entretanto adelante, y nosotros hicimos paces con los ladrones con condición que nos habían de entregar las armas por todo el tiempo que el viaje durase. Y desta manera llegamos a Santo Domingo de la Española, en nueve días después que esto sucedió y en treinta después de salidos de la Palma, habiéndonos Dios traído a salvamento y librándonos de los peligros de la mar y de los ladrones, que está el mundo lleno dellos, así en la mar como en la tierra, y si el Señor no nos guarda, por demás es nuestra deligencia y cuidado, que donde pensamos que estamos dellos más seguros, allí remanecen los más finos dellos, como vemos cada día en las casas de juego, que debajo de dones y cuera adobada son ladrones disimulados de los que roban en tropa y en poblado, apegándose al feroz tiburón por poder robar a su salvo, y que no les den el pago de sus merecimientos, lo que en esta ciudad de Cartagena es tan común, público y ordinario, cuan poco reprendido de los predicadores y menos castigado de las justicias a cuyo cargo está la emienda; y es esto tanta verdad que no sería mucho que yo, porque lo escribo forzado y constrañido della, pagase por todos, que tal es el mundo como esto que arde verde por seco, y justo por pecador.

En el Discurso siguiente, con el favor de Dios, comenzaré a contar algo de lo mucho que allí me sucedió en ocho años que allí estuve, de donde se podrá sacar provecho notable para la humana salud, ya que deste no

se saca más que cuentos, aunque no del todo sin provecho para los que saben moralizar y aprovecharse dellos.

DISCURSO 2

TRATA DE MI LLEGADA A SANTO DOMINGO Y DE LA PRIMERA CURA QUE ALLÍ HICE.

En llegando que llegamos a Santo Domingo y enfrente de la fortaleza, disparamos muchos y muy gruesos tiros que nuestra galeaza traía, con muchas banderas y gallardetes, y también la fortaleza nos hizo grande salva, más que de ordinaria. Y luego llegaron los magnates y más principales de la ciudad y acompañaron aquellos señores y los llevaron a sus casas, y entre ellos vino Pelayo Alvarez, hombre honrado y de junto a mi tierra, que me conocía y nos llevó a su casa a mí y a mi gente, adonde estuve muy regalado hasta que tomé una casa grande en el barrio de Santa Barbola.

Presidían en aquella Audiencia entonces el Licenciado Angulo y la señora doña Brígida, su mujer, que eran Oidores más antiguos por ausencia del Licenciado Maldonado, que había ido por Presidente a Guatimala; y eran Oidores el Dotor Cáceres y el Licenciado Chagoya. Había cuatro médicos, todos ellos al tono de los demás que suelen pasar a Indias, que son los desechados, que no pudiendo sujetarse en España, porque no les darán una mula que curen, se vienen acá todos como a tierra de ciegos, adonde el tuerto es rey, o regidor por lo menos.

Eran estos cuatro pilares en quien estribaba la salud de aquella ciudad, el Dotor Bravo, estudiante de Sevilla y graduado en ella; el Licenciado Cabrera, el Dotor Pineda, tuerto y cojo y mal agestado, y el Licenciado Ulloa, portugués que iba para la India y arribó allí en la nao San Pedro, que tenía de locura todo lo que le faltaba de ciencia, como bien se lo dijo el famoso Bejarano, por su delgado ingenio y buena poesía en esta copla que se sigue, para cuya inteligencia es de saber que ha-

bía en aquel tiempo un cura en la iglesia mayor, que también se llamaba Bejarano, hombre de tan poca ciencia y letras, que aun el catecismo no había venido a su noticia, y queriéndolos desengañar a entrambos, les dijo desta manera:

Muy mal cura el portugués,
 Bejarano muy mal cura,
 El uno por la locura,
 Y el otro, que necio es.
 Si la necesidad es cura
 ¡Qué no será la locura!

Era este Bejarano señor de Curaçao y el más raro ingenio que pasó a las Indias. No le hizo ventaja Marcial Cordobés en epigramas graciosas y de grandes sentencias, como se verá por este otro que referiré suyo, que autor y dichos tan maravillosos lugar tienen en nuestra escritura.

Habitaban en Santo Domingo dos hombres tan eminentes y experimentados en distinguir y conocer lo bueno de lo malo, que podían ser mojonos del rey de copas. Era el uno el secretario de aquella Audiencia, Miculás López, y el otro Juan de Triana, vecinos entrambos honrados y bien conocidos. Eran grandes amigos y vesitábanse el uno al otro muy de mañana al salir del sol, y lo primero con que se saludaban era con un copón de vidrio, hecho aposta en el horno que allí hay dél, que tenía medio azumbre de porte. Y sucedió que viniendo aquella hora el Bejarano por la Plaza grande enfrente de las casas del Secretario, vídolos que estaban a la ventana convidándose con el tazón sobre un bocado de salchicha con que se habían desayunado, y viendo el emblema tan bien pintado, parecióle que era justo ponerle la letra al pie, y luego allí en el escritorio del mismo secretario la hizo de repente y se la envió, que decía desta manera:

A Miculás escribano
 Vi a las seis de la mañana
 Con un tazón en la mano

Esgrimiendo con Triana,
 Y dice desta manera :
 Afuera, Triana, afuera,
 Que si sois buen bebedor,
 Mi padre fué labrador
 Et ego sum vitis vera.

Nunca supo este hombre decir mentira ni callar verdad aunque fuese a su costa, como lo fué muchas veces, y así como vido que aquella Audiencia andaba en aquel tiempo mal reformada y que no guardaba justicia si no al que les guardaba la cara, porque el Angulo y el Cáceres estaban hechos de concierto y llevaban al Chagoya que era sólo por donde querían, no pudiendo sufrir tanta desorden e insolencia determinó de decirselo por inigma, como a buenos entendedores, y fué desta manera :

Cortó de una hoja de un libro viejo las letras muy al justo, y dividiéndolas por sus repartimientos, como hacen en la imprenta, las fué después pegando sobre otro papel con alquitira, y escribiendo con ellas lo que se sigue :

Bien se puede llamar juego
 Do el as vale más que el rey.
 Prohibido está por ley
 Que no sea guía el ciego,
 Ni aren con asna y buey.
 Entre el lobo y cancerbero
 Arrastrando va el cordero.
 Miserable habitación
 Do puede más un ratón
 Que el león bravo severo.

Hecha, pues, la copla de molde, con la industria que dicho tengo, porque no fuese pusible conocer la letra, la metió en una palma a manera de requesón y la dió a un negro bozal que la llevase en la mano como requesón que se vende, y que pasase por las Casas Reales al tiempo que estaban a la ventana la señora Presidenta con otras damas que estaban con ella en visita; y como lo

viesen, luego se aficionaron al requesón y enviaron por él a gran priesa, y quitádoselo al negro se fué que no pareció más, y como lo desatasen y viesen el perqué que iba de buena letra, lo dieron al Sánchez de Angulo, su marido, para que se lo declarase, el cual llamando luego a los oidores se lo mostró y se proveyó que se hiciese terrible y rigurosa pesquisa sobre ello, y así prendieron todos los poetas, y al Bejarano entre ellos, y como la letra fuese tan desconocida nunca se pudo hallar rastro, que a poderlo hallar no le fuera bien contado, porque notaba al Angulo de hombre ciego y que no veía lo que pasaba en su casa y vendía a la justicia, que es el Rey, por lo que se deja asir con la mano; y que él y la señora araban juntos, que es que sentenciaban en favor del que mejor se lo pagaba, porque el Cáceres no hacía más de lo que ella le mandaba; y que llevaban arrastrando al cordero, que era el Chagoya, que era buen juez y recto, y así nunca se hacía justicia; y, finalmente, que no tenía tres palmos de cuerpo, que lo más era corcho; podía más que el bravo y severo león que allí en los estrados estaba pintado en las armas reales, que era decir que podía más que el Rey, por lo cual tenía por desdichados los que allí habitaban, como, en efeto, lo eran, porque el hombre prudente no tiene de vivir sino donde se guarde justicia y pase río por medio del pueblo o arroyo.

Todo esto, pues, les dijo bien claro la copla, y ellos así lo entendieron, porque no eran migaja rudos, pero todo ello fué predicar en desierto, que antes con la verdad, que era dellos aborrecida, se irritaron y empeoraron más, y dende adelante lo hacían peor que de antes, hasta en tanto que vino allí Arias de Herrera, caballero salmantino, por Presidente, con que se reparó la tierra, que estaba ya muy al cabo.

Pues luego que desembarqué, al otro día me envió a llamar el Licenciado Angulo, como Presidente y Rey de la tierra que entonces era, y habiéndome dado la buena venida, me preguntó por la licencia que traía, y diciéndole que el capitán del navío no nos dejaba embarcar

sin que primero le diésemos las licencias, las cuales decía que guardaba para su descargo, y era para venderlas después, como lo hacía, pasó por ello el señor Presidente, y luego me preguntó qué ropa traía, a lo que le respondí que la de mi vestir, que yo no era mercader. —Ya lo sé, dijo, que es médico, y de los mejores de España. ¿Trae muchos libros? —Los que me bastan. —¿Vienen registrados por el Santo Oficio? —Sí vienen. —Pues envíeme la memoria, que los quiero ver. —Pláceme, dije yo. Y con esto me despedí, y volviendo las espaldas, le dijo la señora, que siempre asistía a los actos públicos: —Pregúntele si trae regalos. —Oh, señor, si trae muchos regalos, reparta con doña Brigida, que está preñada, que ella se los pagará en los de acá de la tierra. —Yo me holgara de traer muchos para servirla, pero desos que me dejó sacar el capitán del navío, que se nos alzó con todo, enviaré a su merced un jamón y algunas peras pardas, que las más dellas se pudrieron. —Conservas ¿no trae? —Sí traía, mas el maestro se quedó con ellas y con un barril de bizcocho de Utrera, diciendo que todo lo que sobra de los matalotajes es del navío, por ley y usanza que entre ellos se platica. —Es burla, que no hay tal ley. Dé mañana petición aquí en la Audiencia, que yo se lo haré volver, que mejor es que lo comamos nosotros que no ellos. —Ansí se hará, respondí yo. Y con esto se acabó por aquel día el diálogo.

Luego me fuí a mi posada y le envié la memoria de los libros, que era larga y muy copiosa, como del primero libro ya queda entendido. Leyendo, pues, la memoria, iba señalando los más curiosos y vendables y que le parecieron de más precio y provecho; y, volviéndome la memoria, me envió a mandar que le enviase todos aquellos que en ella iban señalados, que los quería ver. Y comoquiera que el mandato del Rey, justo o injusto, se tiene de cumplir, no pude hacer otra cosa, y luego se los envié con dos negros en dos canastos llenos, con harto dolor de mi ánima, en que iban un Plinio de Natural Historia, otro Plinio Junior, todas las Epístolas de San

Jerónimo, las Partes de Santo Tomás que me habían quedado de cuando estudiaba Teología, un *Tesaurus linguae latinae*, Euclides, las Obras de Cicerón, y otros a este modo, que bastaron para cargar los negros todo lo que podían llevar, y con ellos el jamón y las peras, con que después quedó mucho mi señor y amigo, y decía que no había pasado tal médico a las Indias que tantos y tan buenos libros hubiese traído.

Luego aquel día por la tarde me fueron a visitar todos los médicos que habemos referido y otro más que se decía el Licenciado Gutiérrez, que había subido de barbero a zuruiano, y para cuando yo llegué era médico, que en estas partes en menos tiempo aún se aprende la medicina de los seis meses en que Tesalo se prefería de la enseñar, según que más largamente lo refiere Galeno. Y llegados que fueron me saludaron todos de palabra y mostraron mucho amor y buena voluntad, aunque en realidad de verdad todo ello era al modo que el ingrato pueblo de Israel honraba a nuestro Dios y Señor, como luego lo mostraron por la obra, pues que en saliendo se conjuraron todos contra mí y contribuyeron mil pesos, mediante los cuales se proferió el Pineda que me haría echar de la tierra, que si supieran mi voluntad y destino y no se dieran tanta prisa no tenían necesidad de gastar cosa alguna, porque yo no pensaba estar allí más que cuanto hallase embarcación para Nueva España, la cual no se hallara desde ha tres meses que se pasaba el tiempo de los nortes.

Tomó el cojo taimado, más bellaco que su ojo y medicina, los mil pesos que luego le dieron en prendas de oro y plata que los valía, y hurtando los quinientos, dió los otros al Licenciado Riego, fiscal, el cual se obligó que me haría salir de la ciudad dentro de un mes y si no que los volvería doblados. Y con esto comenzó desde luego a caluniar me y buscarme pleitos, como adelante veremos; y aunque podía mucho, porque era parcial con los de la liga, pudo más Dios y la verdad y nunca salió con su intento.

Quiero suspender este cuento y suceso, que es largo,

para cuando venga más a coyuntura, por tratar de la primera cura que allí hice, que fué una fiebre cuartana muy emperrada y malina que tenía Juan Rodríguez, mozo de 24 años, hijo del Bachiller Antojos, abogado antiguo en aquella Audiencia y hombre rico y principal, y pasa desta manera:

Como el Licenciado Angulo me había dicho que diese petición al otro día para que el maestre me entregase las conservas y bizcochos con otras cosas que en el navío se me habían quedado, procuré luego cuál fuese el mejor letrado para que la hiciese, y diciéndome mi huésped que este Bachiller Antojos, me llevó a su casa cerca de las ocho del día para que la hiciéramos, y estándola haciendo abajo en el zaguán, que allí despachaba, bajó el Dotor Pineda de visitar al hijo cuartanario y se despidió dél diciendo que ya el enfermo quedaba sangrado y purgado y hechos los demás remedios necesarios, que agora no restaba sino dejarlo ir con buen regimiento porque la cuartana no recibía más cura que aquélla. Y con esto se fué y dejó al enfermo con la cuartana más recia que de antes, porque así lo suelen hacer cuando no las saben curar, que se irritan y agravan más con la cura, que tienen la condición del noli me tangere, que es una úlcera o llaga que cuanto más la curan peor es y más crece.

Luego que salió el dotor, dije yo a mi letrado: —Válame Dios, señor. ¿Es pusible que las cuartanas no reciben remedio en esta tierra? —No lo deben de recibir, me respondió, pues éste, que es el mejor médico que aquí hay, lo dice. —Si éste es el mejor, harto bellacos son los otros, le dije entre dientes. Pues haga Vmd. una cosa: ya que el médico se despidió, déjemela curar ocho o diez días, agora que está purgado y podría ser que tuviese remedio. —Hágalo norabuena y suba luego a vesitarlo, que si eso hace, hará más que don Roldán en su tiempo, y toda esta ciudad se curará luego con Vmd.

Subí luego a ver el enfermo y hallélo con calentura, que corría por treinta horas, que le había venido la

cuartana con mucho frío y todavía le duraba. Tentéle los miembros interiores y halléle gran cantidad de bazo, que por la mayor parte acompaña estas calenturas. Preguntéle qué le había mandado el doctor. —Nada más de que comiese a las diez. —Y beber, ¿qué bebe? —Agua de la tinaja. —Pues mándeme Vmd. que le cuezan luego agua con anís y no coma ni beba hasta que yo acá vuelva; y si orinare, guárdeme la orina.

Hízose todo como dije, y yo me fuí a buscar un procurador y dalle poder para que presentase la petición. Presentóla y proveyóse que el maestro, capitán que era del navío, me entregase todo lo que en ella pedía, o pareciese al otro día a dar razón por qué no lo entregaba, y a las once antes de me recoger volví a ver el enfermo, y hallándole el pulso undoso y que daba indicio y muestra de querer sudar, le pregunté si sudaba cuando se le quería despedir la cuartana. Respondió que poco, y eso, de la cintura arriba. Díle a beber un jarro del agua cocida, y la bebió sobre unos confites de anís que comió primero, y luego lo mandé arropar levemente, que en regiones calientes poca ropa basta, y que si sudase guardase el sudor hora y media y si quisiese dormir, sería mejor. Y con esto me fuí a comer, dejándole orden que después del sudor le vistiesen camisa, y dende a una hora le diesen de comer de ave o pollo que tenía aderezado, añadiéndole naranja duce o piña por ante y un limón en conserva por postre o confites de anís o carne de durazno.

Volví a visitarle por la tarde y hallélo sin calentura y que la cuartana se le había quitado con mucho sudor, y fué la causa el haber bebido a buena coyuntura. Fuí a la botica a saber con qué se había purgado, por ver si sería necesario volverlo a purgar, y dijéronme que con caña fístola y mechoacán. Ordenéle que le hiciesen la apócima aperitiva, como atrás queda recetada. Hízose con mucha dificultad porque con ella se hallan allí las raíces. Hecha la pócima la comenzó a beber por el orden acostumbrado, y juntamente se le untaba el bazo con unguento desopilativo y aceite de alcázaras, partes

iguales. Cuando vino el día de la ceción era conjunción de luna. Hice que en la misma hora y punto de la conjunción le sacasen seis onzas de sangre de la vena del bazo en la mano izquierda. Mejoró notablemente con ella porque vino la ceción mucho más moderada y la que duraba treinta y más horas no le duró catorce cabales. Diósele de beber en la declinación y de comer cuando ya era acabada. Fué con esta orden hasta la ceción venidera y con mucha esperanza que cobró el enfermo de que había de estar presto sano.

Cuando llegó el día de la quartana hice comer al enfermo a pasto cinco horas antes de sardinas y rábanos y muchos pescados, salados, salpresados y frescos, que desde el día de antes habían quedado prevenidos, con otros muchos potajes que tuvo aderezados, de que comió cosa espantosa, que como era mozo y había mucho que no comía sino por dieta, quísose vengar de una vez. Y sobre todo ello le hice beber más de un cuartillo de leche tibia con miel, y en acabándolo de beber dispara con to(do) ello como presa de molino que se larga, y sin aguardar plato ni otra cosa en que vomitar, borró media sala, y como hubiese vaciado toda la comida y algo más le hice yo, que estaba presente, que metiese los dedos y que hiciese fuerza para echar más, y haciéndolo así, echó mucho humor colérico que quedó movido envuelto con unas fleamazas gruesas que, según decía, le amargaba terriblemente.

Enjuagóse la boca y comió un terrón de azúcar y quedóse con esto y sin dormir por espacio de cuatro horas que tardó en venir la quartana, que en las dos dellas se pospuso y vino más tarde de lo que solía. En esto vine yo a visitarle y hallélo con tan poco frío que ninguna pena le daba, haciéndole, como lo hacía, crujir antes los dientes, y la calentura no le turó seis horas, por lo que determiné concluir con él para la otra quartana y porque en las boticas que allí habían no hallé el eléboro blanco, determiné de dalle dos escrúpulos de polvos de Joanes en onza y media de azúcar rosado, que como otra vez dije es el verdadero bocado de Al-

derete, que hacen el mismo efeto que el eléboro, y no con tanta violencia ni bascas, y así se lo di con un cubilete de agua de manzanilla, cuatro horas antes que le viniese la ceción, y en ayunas y gomitando mucho con él y haciendo dos o tres cámaras, cuando vino el tiempo de venir el frío no lo sintió y también la calentura faltó del todo, y esperando más dos horas, como no le hubiese venido cosa alguna le mandé dar de comer, y habiendo dormido bien aquella noche, al otro día cuando lo fuí a vesitar, lo hallé levantado y con ganas de almorzar. Hícele dar una escudilla de leche cocida y migada, y habiéndole echado al cocer azúcar bastantemente, la comió y luego se bajó adonde estaba el padre despachando los pleiteantes y comienzan ambos a publicar el negocio y encarecerlo de suerte, que toda la ciudad se alteró y acudieron luego a mí todos los enfermos que estaban derramados por los demás médicos, y entre ellos Pedro Caballero de Bazán, hermano de Juan Caballero de Bazán, que eran la flor de aquella ciudad y hierno del contador Alvaro Caballero que tenía otra quartana seis meses había, que lo tenía ya muy apurado y maltratado, porque lo curaban Ulloa y el Pineda, y lo tenían harto de purgas y badulaques sin fruto ni provecho alguno más de enflaquecerlo y agravarle más la enfermedad.

Oyendo, pues, el Pineda que se quería curar conmigo y que no le había podido tirar una caja de azúcar lealdado que tenía en la Casa Puerta depositada para quien le curase y sanase de la quartana, hizo mil embustes y estratagemas por estorbarlo y fué a su suegro y deudos, que tenía muchos y de los más principales, y les hizo a todos un requerimiento en forma que no lo dejasen curar, porque la muerte tenía muy cierta en metiéndose en la cura que había hecho a Juan Rodríguez, porque había sanado por yerro y milagro que Dios en él quiso hacer y que él y los demás médicos me habían visto y tentado y no sabía letras más de experiencias peligrosas y de charlatanes engañamundos y otras trecientas faltas y tachas de las que él tenía, que

me atribuía, que no hace poco quien su mal echa a otro. Y con esto cargaron sobre el enfermo tantos consejos y mandadores que lo tuvieron suspenso quince días, en los cuales acabé de curar a Cristóbal Maine en casa de su hermano Juan Caballero de Bazán, de otra cuartana que tenía continua, y algunos otros enfermos de calenturas y otras enfermedades, que todos ellos fueron brevemente y a poca costa de botica remediados y juntamente con esto el frío de la cuartana lo trataba de suerte que ya no lo podía sufrir, y con esto volvíome a llamar y me dijo que se quería curar aunque lo matase con la cura, que sus parientes no padecían lo que él y que no se le daba cosa por cuanto le dijiesen.

Volviéronlo a entender los médicos y volvieron a muñir los parientes con nuevos requerimientos y dificultades con que los volvieron de nuevo a persuadir, porque la gente vulgar, como Quintiliano dice, es muy fácil de volvella y traella en cualquier afecto, eceto el hermano Juan Caballero y su amigo Mayne, que estaban ya por lo que habían visto desengañados; y como tuvo estos dos de su parte el enfermo, cerróse a la banda y no quiso admitir consejo de los demás, aunque lo espantaban y atemorizaban con cosas que le decían, y les respondió determinadamente que aunque lo echase a la mar se había de curar conmigo; por tanto, que no se cansasen más en darle consejos, que era tiempo perdido; y con esto comenzamos al otro día la obra, y habiendo bebido la apócima aperitiva cinco días y vomitado una vez no más el día de la cuartana, después de haber comido a pasto, le hice sajar levemente una almorra que tenía afuera, y saliéndole della cuantidad de sangre gruesa y negra en el día y punto que la luna hacía conjunción, que también era día de la cuartana, le vino aquel día poca y sin frío, y como yo vide esto y que en faltando el frío luego se acababa la cuartana, como ya tenía por esperiencia, le dije: —Bien puede Vmd. alistar la caja de azúcar, que en la ceción que viene faltará la cuartana del todo. —De-sa y de todo lo más que yo tuviere se podrá Vmd. servir,

que más lo estimo por mis parientes y los médicos, que si me dieran una grande cosa.

Vino el día de la quartana y ella faltó del todo, como le había dicho; y sin aguardar más envites ni esperas hizo a seis negros que me llevasen la caja de azúcar con unas letras grandes coloradas que decían: Quartana quitada. Y pasándola por las cuatro calles a donde era el concurso de la gente, hubo grande chacota y matraca que dieron a los doctores, por lo cual y por ver el poco remedio que les quedaba, porque en este tiempo había llegado el Licenciado Alonso Arias de Herrera, salmantino, mucho mi señor y conocido, que venía por Presidente, de quien luego trataremos, determinaron todos de dejar la tierra y dentro en 15 días se fueron, que no quedó más del Ulloa.

DISCURSO 3

TRATA DE LA LLEGADA DEL PRESIDENTE ALONSO ARIAS DE HERRERA A SANTO DOMINGO Y DE LA CURA QUE SE LE HIZO EN UN DOLOR DE CÓLICA QUE DENDE A POCOS DÍAS LE DIÓ.

Estando el Licenciado Angulo en su trono y paraíso, acrecentando siempre sus despojos, llegó el Licenciado Alonso Pérez de Herrera proveído por Presidente, Gobernador y Capitán General de aquella Isla, que fué el mayor bien que en aquel tiempo le pudo venir. Era éste un caballero antigo de Salamanca, hermano de Francisco Girón, que era el ma(yo)razgo, de edad de sesenta años, que nunca había sido casado, que me conocía por haberme visto praticar con Alderete, que curaba en su casa y de su hermano; y cuando llegó, que lo fuí a recibir al navío con los demás que iban de parte de la ciudad y audiencia, se holgó mucho de me ver y hallar allí, me abrazó y hizo muchas caricias y merced.

Trujo este Presidente cédula para tomar regurosa residencia al Angulo, porque como no pasaba pájaro por aquella Isla que no le dejase pluma, tenía ya el Consejo

noticia dello, y trujo muy encomendado el remedio, castigo y justicia. Y ansí, en llegando, comenzó luego a entender en ella con grande silencio y secreto, como el caso lo demandaba, lo cual visto por el astuto Angulo, determinó luego corromperlo y cohecharlo, por vía del Dotor Cáceres, su cómplice y amigo, Oidor que era en la misma Audiencia; y como no aprovechase cosa, por ser como era caballero y muy recto y entero juez, como antes desto lo había mostrado en cargos que había tenido, determinó enviallo a vesitar una noche con la señora doña Brígida, su mujer, la cual entró después una hora de haber cenado, con tantas hachas, escuderos y criadas, tan rutilante y gallarda, que pusiera en condición a Venus la manzana y al rey David de volver a pechar segunda vez, por más viejo que fuera.

Iba toda la gente que llevaba con instrucción y aviso de salirse luego y esperar abajo para que pudiese mejor y con más secreto tratar el negocio a que iba; y como yo, que había cenado con el Presidente, no estuviere advertido desto, estúveme allí un poco más, en cuanto las generales preguntas se hicieron; y entendiendo que por mi causa y presencia no se declaraba más, me salí también lo más disimulado que pude y dije a los pajes que se apartasen y diesen lugar para que tratase el negocio a que venía. Y apartados que fuimos todos, comenzaron de hablar más quedito que de antes, de suerte que aunque estábamos escuchando, no oíamos ni entendíamos palabra.

Duró esta plática como una hora, y cuando había de tener efeto el negocio, si él fuera el que se pensaba, se levantaron y llamaron la gente, y el Presidente la llevó de la mano hasta la escalera, y se despidieron con muchos cumplimientos y cortesías.

Quedóse ansí todo suspenso y la residencia se hacía muy secreta y sangrienta, porque había muchos agraviados, y aun despojados, que sin ser llamados iban a decir sus dichos.

Estando, pues, la residencia en este término, sucedió que enfermó el Presidente de un grave dolor de cólica,

que por ser hombre mayor lo puso en mucho riesgo. Fui lo curando como otras veces lo había curado Alderete desta enfermedad en Salamanca, que era apasionado de ella, y no pudiendo haber hecho cámara en cinco días, con muchas y fuertes melecinas que se le habían echado, y con dos escudillas de aceite que en dos días había bebido, determiné purgarlo al día siguiente, y sexto de la enfermedad, con unos polvos o píldoras de hiera simple de Galeno, por cuanto esta enfermedad no sufre más purga que ésta, y luego a las cuatro de la tarde, cuando era hora de recetar la purga, cátalo aquí donde viene el Ulloa muy galante y cargado de terciopelo hasta los pies de la mula, y enviando a avisar con el paje que venía a ver a su señoría le dieron licencia y entró estando yo presente, que no me consentía el Presidente que me apartase dél un credo; y haciendo la reverencia debida, le dijo: —Habemos sabido cómo V. S. está tan malo, y cómo a nuestro Rey y Señor tenemos todos obligación de acudir a su servicio aunque no nos llamen, y así determiné de venir a ver a V. S., porque me dijeron que se purgaba mañana, para que el señor Licenciado y yo veamos bien eso, que más veen cuatro ojos que dos.

Agradecióselo mucho el Presidente, porque era muy noble y agradecido y muy caballero en todas sus cosas, y le dijo que no era necesario, porque ya yo lo había visto curar otras veces de aquella enfermedad al Doctor Alderete, y sabía con qué lo purgaba y sanaba, mas con todo eso fuese en hora buena. Y luego me dijo el médico que nos saliésemos a la sala para tratar de la purga, y salidos que fuimos, me comenzó a exortar y persuadir con una compuesta arenga, que los medicamentos, cuanto más simples, son mejores, y que habiendo medicamento simple que purgue la flema, que en aquella enfermedad es la que peca, no habíamos de buscar otra purga. Y preguntándole yo cuál era el medicamento simple que quería que le diésemos, me respondió que el agarico era el mejor que tenía el mundo, porque demás de purgar flema, era cordial y tenía mil propiedades buenas. —Agarico en esta enfermedad, yo nunca lo he dado ni visto

dar a nadie, aunque la tengo visto curar y curáðola muchas veces, le dije yo, y por tanto, no me atreveré a dárselo. Purguémosle con unos polvos o píldoras de hiera simple de Galeno, que es purga segura y aprobada en esta enfermedad por todos los autores y por la experiencia que ya yo della tengo. —También yo tengo experiencia del agarico, y es medicina más noble y eficaz, repito, y demás deso recibiré yo mucha merced en que se haga agora mi voluntad, por ser la primera cosa que le pido, que después en los demás enfermos que se ofrecerán que curemos juntos, yo doy mi palabra de no hacer más de lo que Vmd. quisiere.

Insistió tanto en esto el mal cristiano nuevo, con tantos ruegos y plegarias, que cansado ya de lo oír el Licenciado Antonio Ramírez, legista, que el Presidente había traído consigo, dijo: —Acaben ya, y denle esa purga si es, como dice, tan buena, y determínense, que ya es de noche. Entonces le dije yo: —Pues tome ese papel y escríbala. Y tomando el papel, quería recetarle tres dramas de agarico solo y sin trociscar, en cocimiento común, a lo que respondí yo medio enojado: —Eso no lo consentiré yo, porque lo más que dél se da son cuatro escrúpulos, y esos han de ser trociscados. Dijo, como me vió tan determinado, que no se le diesen más de los cuatro escrúpulos, como yo mandaba, que era la mitad menos de lo que él mandaba, pero que éstos que fuesen por trociscar, y que se partiese la reyerta. A lo que respondió el legista, que asistió a toda la plática: —Bueno está así y no se hable más en ello. —No está bueno así, revolví yo, que agarico por trociscar, corregir y preparar, no hay autor de cuantos dél escriben que ose ni mande darlo, porque es muy perjudicial y venenoso, ni yo quiero que se le dé al Presidente. Y como viese el Ulloa que hablaba yo ya muy determinado y enojado, dijo: —Pues hágase lo que Vmd. manda, apercibiendo que todo ello iba por mi voluntad y contra su parecer.

Hízose, pues, la receta de los cuatro escrúpulos de agarico trociscado, con dos onzas de jarabe de nueve infusiones, todo ello desatado en cocimiento común, y lle-

vóse luego la cédula a la botica, y él fué tras della a hablar al boticario, para añedir lo más que quería, porque con él a menos costa y palabras se atrevía acabar cualquier cosa sin que dello se me diese parte. Llevada que fué la receta, quedé yo mohino y admirado de ver que la purga no iba a mi gusto, y de la pertinacia y porfía que aquel demonio, que tal era él, había tenido, y dije al Licenciado Ramírez, que quedó conmigo y habíamos de cenar juntos, que no me dejaban ir de allí: —Mala sospecha me ha dado este cristiano, y sin falta algún secreto tiene este agarico, pues que tanto insistió que lo tomase el Presidente. Suplico a Vmd. dilate la cena un rato, que quiero ir a mi casa para ver un libro o dos sobre este negocio, que luego volveré. —No puede irse de aquí, que me ha mandado el Presidente que no lo deje salir, y más que despierta por momentos y luego llama y pide agua, o lo que le parece, y si Vmd. aquí no está, no sabremos lo que le habemos de dar. Envíe por esos libros que dice, que aquí los verá mejor y más de espacio.

Envié luego un mozo mío con la llave del estudio y con las señas de los libros que me había de traer, y habiéndome traído un Avicena, con tres o cuatro prácticos árabes, que son los que en materia de remedios hacen ventaja, comencé de leer por el Avicena adonde trata la cura y todo lo más tocante a aquella enfermedad, y a pocos renglones avisa con grande amenaza que se guarden en ella de dar agarico, porque aunque para otras enfermedades es bueno y provechoso, para aquella es veneno mortal, que infaliblemente mata al que lo toma. Visto, pues, el aviso, dije al Ramírez: —Lea aquí Vmd. y verá cómo no me engañaba mi opinión ni mi corazón, que luego me dijo lo que era. Leyó el Ramírez el texto y no acabándose de santiguar, dijo: —Luego éste, a matar vino al Presidente. Y sin aguardar más, coge el libro y sin yo verlo, que estaba embebecido mirando los otros prácticos, lo llevó al Presidente y le dijo: —Mire V. S. lo que le quería dar aquel médico. Y habiéndolo leído, le preguntó si había otro autor que dijese aquello mismo. Y como tuviese yo a un lado otro que se dice Gordomio,

que ya había visto, y decía lo mismo y más claro y encarecidamente, porque daba la razón y causa de lo que Avicena decía, y por qué y cómo mataba el agarico en aquella enfermedad, cogiólo también el mismo Licenciado Ramírez y llevóselo al Presidente, también sin que yo lo viese, que estaba ocupado en leer los demás, que todos ellos lo decían y avisaban con mucha instancia.

Luego, pues, que el Presidente vidó el segundo autor, dijo: —Oh, hi de puta, judío, y ¿éste espavilar me quería? Y luego envió a llamar a Juan de Rojas, Alguacil mayor de aquella Audiencia, que lo fuese a prender y lo metiese en el calabozo, y sin más aguardar llevase un escribano y le diese tormento. Sacáronlo de la cama, que ya estaba acostado con la desposada que poco antes le habían dado, y llevándolo de mala manera al calabozo y apercibiendo la garrucha para darle tormento, dijo que quería decir la verdad sin él, y luego confesó llanamente que le daba dos cajas de azúcar Angulo porque le diese veneno y lo matase, y que por eso había ido a verlo el día que lo habían de purgar, para dar orden que la purga lo despachara, y que había sido persuadido y engañado del Angulo para ello, y que pedía al señor Presidente por amor de noso Señor que lo perdonase, y luego le notificaron con una ampolleta que dentro en dos horas se descargase.

Todo esto se hizo sin saberlo yo, que estuve leyendo los otros libros, y después cenamos el Licenciado Ramírez y yo, y a cabo de dos horas que ya estaba acostado, vino un paje del Dotor Cáceres y me despertó y dijo cómo su amo quedaba abajo, que me rogaba me llevase allá, que tenía un negocio de importancia que hablarme; y bajado que fuí, me comenzó a rogar muy eficazmente que desenojase al Presidente, no tanto por amor de Ulloa, cuanto por el Licenciado Angulo y su mujer, que lo merecían, y me lo sabrían bien agradecer, y que a él lo tenía para todo lo que se me ofreciese, como yo lo quisiese pintar y por la obra vería.

Yo, que de todo estaba inorante, le respondí qué era aquello, que no lo entendía; y entonces me contó todo lo

que pasaba, y de la manera que el Ulloa estaba, y que como era de la ley cansada y de poco ánimo, había dicho aquello con miedo, y que sólo yo lo podía deshacer y emendar; que me diese priesa, porque le abreviaban mucho los términos.—El Presidente duerme agora, le dije yo, que en cinco días no ha dormido. De media noche en adelante tiene de tomar la purga: entonces yo haré todo lo posible por servir a Vmd. Y con esto nos despedimos.

Luego envié a llamar al boticario que trujese polvos de hiera simple de Galeno, jarabe de nueve infusiones y aderezo para hacer cocimiento pectoral, y venido que fué hizo allí la purga delante de mí, y llevaba dos dramas de aquellos polvos y dos onzas del jarabe, desatado en aquel cocimiento, y lo tomó el Presidente al cuarto del alba, y juntamente con ella le echaron una melecina de solo aceite de ruda en cantidad de más de medio cuartillo tibio, porque lo detuviese, y habiéndolo detenido largas dos horas, comenzó al salir del sol a ventosear mucho, que lo teníamos bien deseado, y dende a poco rato hizo una cámara muy dura, y tras ella cuatro o cinco de humor, con que aseguró la vida y tomó tanto placer y contento con el descanso y mejoría que había recibido, que no cabía de gozo, y como yo viesse tan buena ocasión, le pedí de albricias perdonase a Ulloa, diciendo que había dicho aquello de flaco y con miedo, que si en algo había delinquido había sido por no saber más y de inorancia. A lo que me respondió que no había sido sino muy gran bellaquería y que no podía quedar sin castigo, pero que se suspendiese por agora hasta en tanto que se levantase. Beséle las manos por ello, y agradecíselo mucho, y todos sus solicitadores, y el Ulloa con ellos, dieron muestra de que me agradecían a mí su vida, aunque andando el tiempo lo hicieron bien al revés, como adelante veremos, porque no hay cosa que más presto se olvide que es la buena obra recibida, mayormente cuando cae en ruin sujeto.

Habiendo el Presidente purgado, lo que bastó para aliviarle la pena, calentura y riesgo que tenía, luego al otro día le hice que tomase media onza de termentina devete, hecha con azúcar un bocado, para acabar de quita-

lle unos torcijones y pujos que le quedaban, y en toda la barriga se le puso el emplasto de bacis lauri de Mesue, y con esto acabó de estar bueno y convalecer dentro en ocho días.

En el entretanto que el Gobernador, Capitán General y Presidente convalecía, el Licenciado Angulo, que lo temía grandemente por no lo haber podido cohechar, se andaba previniendo y haciendo algunas restituciones, entre las cuales fué una de mis libros, que no me dió poco contento, y estando con grande pena y fatiga por lo que Ulloa había confesado, le dió una calentura de que dentro en siete días acabó miserablemente, y con él la residencia y todos sus contentamientos y ganancias. ¡Oh, juicio divinal! Cuando más ardía el fuego, echástele agua.

El Licenciado Ulloa se estaba preso todo este tiempo en su calabozo, y con poca esperanza de vida, y la señora doña Isabel Alemán, su desposada y gallarda y caritativa moza, si en aquella tierra la había, no paraba, ella y su madre, de noche ni de día, buscándole remedio y favor, por mangas o por faldas, como dicen, y pudieron tanto (¡Qué no podrá una moza hermosa!) que convocando todo lo bueno que allí había, así de lo seglar como de lo eclesiástico, que de todos era ella querida por su buena gracia y liberalidad, que con ésta se alcanza y conquista mucho, como se cuenta del grande Alejandro, y cargando todos con sus ruegos y plegarias sobre el Presidente, y yo con ellos, que ya en aquel tiempo valía con él más de lo que valgo agora con el prior de Santo Domingo, fué Dios servido que acabamos con su Señoría que lo perdonase, dando por principal causa del perdón el haber sido el delito contra él, que de otra manera, en ninguna lo perdonara.

Fué muy agradecido y festejado el perdón, y llevaron el novio a su casa con grande fiesta y acompañamiento, como quien venía del otro mundo, y luego al otro día Luis de Angulo, Alguacil mayor de aquella ciudad y yerno del Licenciado Grajeda, Oidor más antiguo, puso un fanfarrón cartel para sustentar una sortija, adonde se

jugaron muy gruesos precios, en gracia y buen suceso de los novios, y el mantenedor sirvió con la mayor parte dellos a la novia, porque fué él el primero de todos que embocó la sortija, y como más diestro, ganó los más de los precios, porque demás de la primera vez embocaba muy a menudo, y se llevó toda la honra y el provecho de la fiesta.

En esta sortija se vió una cosa rara y pocas veces vista, y como tal, tiene lugar en nuestra historia que trata de curas y sucesos maravillosos y poco vistos, y como tal la escribiremos aquí. Y fué que tenía yo una mula entre baya y parda, de cola larga y muy poblada, y tan alta de cuerpo, que ningún caballo de los que allí había le llegaba con tres dedos. Era tan suelta y briosa que me convidó a que la impusiese y enseñase a correr y parar, y lo tomó tan bien, que en menos de 40 días corría en la carrera pública, con guarniciones de caballo a la estradiota, y corría y paraba de tal suerte, con tantas piernas y buena gracia, que ningún caballo le hacía ventaja, y ella la hacía a muchos. Y corrió en esta sortija un venturero en ella que ganó el precio y dejó admirados a muchos de los que no la habían visto correr, y al obispo Bastidas de San Juan de Puerto Rico tan enamorado, que me hizo que contra mi voluntad se la diese por mil pesos que de aquella moneda me dió por ella, que en aquel tiempo eran cuatro mil reales castellanos, y el mantenedor, desechando los caballos que para el efeto tenía, la escogió por mejor para acabar de correr en ella.

Volviendo, agora, al dolor de la cólica, para recoger y epilogar lo dicho, porque se pueda sacar algún provecho y algún escogido y secreto remedio desta tan grave y peligrosa enfermedad, que será de mucha importancia para los que la padecen y no de poca honra y provecho para el médico que la curare, como no la cure con la intención y disignio que la quería curar Ulloa al Presidente, que para estos tales, que no hay pocos dellos, estos remedios que aquí escribiremos no sirven cosa alguna, antes le estorbarán su disignio y principal intento.

Pues digo agora, que es este dolor uno de los cuatro

famosos que Galeno por tales escribe y señala, al cual llaman algunos prácticos “Miserere mei”, por su vehemencia y el estrémo en que pone a los enfermos. Trae unas veces estreñimiento de cámara terrible, como lo trujo este de que aquí habemos tratado, que en cinco días no se pudo proveer el enfermo, por muchas y agudas melecinas que recibió, y aunque bebió dos veces el aceite en mucha cantidad, que es lo con que Galeno los purga, y muchos otros remedios que para ello se le hicieron; y todo esto, por no estar descubierto y sabido el secreto y facultad de nuestra espongilla, que a estar sabido, sola ella bastaba a escusar tanto trabajo y riesgo, como lo tiene hecho y hace después que se descubrió, que no dura más este dolor, cuando viene y se hace por retención de la cámara, que cuanto le echan al enfermo la melecina con ella, que luego lo libra y sana infaliblemente, sin tener necesidad de más remedio, haciéndole hacer una y veinte cámaras, según el punto que le dan; y no solamente a los hombres, mas a los caballos y demás animales que padecen de torzón, que en ellos es la misma enfermedad que en el hombre la cólica, y así después que se usa della en esta ciudad de Cartagena Indiana, ni muere hombre de cólica ni caballo de torzón, ni gallina de higadera, todo lo cual era de antes muy ordinario y común.

El dolor de cólica, que se hace del mucho estriñimiento de la cámara, su cura y su salud toda consiste en hacer que el enfermo se provea, y esto lo hace mejor y más brevemente que todos los demás remedios, la melecina que se echa de solamente el agua en que se lavó la espongilla, y en su defeto nos aprovechamos de todos estos remedios que dicho habemos. Pero suele muchas veces acudir este dolor sin retención de cámara, y para este tal, y para todos los demás cuando mucho aprietan, es singular y secreto remedio, tomado de nuestro secretario, y muchas veces por mí experimentado, dar al enfermo estando en ayunas, si fuere posible, un bocado hecho de media onza de diaphenicón y drama y media de filonio romano, con el azúcar que bastare para hacer bo-

cado, el cual puede tragar con dos tragos de agua de anís, o canela, y mitiga y aplaca el intolerable dolor tan en breve, cuanto verá el que lo experimentare, y tanto es, torno a decir, que le hará que de allí en adelante lo guarde y tenga en grande secreto.

También es grande remedio para más cumplidamente conseguir salud en este mal tan grave, echar al enfermo una melecina de 8 onzas de aceite de ruda; 3 de aceite de castoreo; de filonio romano, 2 dramas; y una onza de benedicta, sin otra cosa alguna, y que vaya no más de tibia, porque se detenga algún tiempo notable; y si con todo esto quedare algún rastro de la enfermedad, se acabará dichosamente untándose toda la barriga y lado que duele con este unguento que se sigue, que en este dolor y en el de ijada y riñones hace milagros.

Tomen de aceite de castoreo, de azucenas, de ruda, de cada cual tres onzas. De zumo de malvavisco y de artamisa, de cada cual cuatro onzas. De aguardiente de cabeza, seis onzas. Cuezan todo juntamente hasta que el agua se consuma: después se le añadirá de nigela, de almaciga, de cardamomo, de cada cual, drama y media; de galanga, de pimienta, de clavo, de ligno aloes, de cada cual, una drama. Hecho todo ello polvo sutil y traído a manso fuego y con poca cera, se hará unguento blando, con el cual se untará el lugar del dolor, y le pondrá encima una torta de lana cucía, bien carmenada, y hará maravillosos efectos así en este dolor como en el de ijada y riñón.

Mas por cuanto nuestro Presidente solía tener este dolor por temporadas y lo tenía mucho, le ordené cierta conserva que, tomada algunos días cada mes, no solamente preserva desta pasión, mas de cualquiera otra que fuere causada de ventosidades, y así sirve grandemente a los de mal de riñones, ijada y piedra, como lo hizo con él y lo hará con todos los que la usaren, y es la conserva la que se sigue:

Tomen tajadas de las cortezas de rábanos, que tengan algo del mismo rábano, en cantidad de dos libras; de miel de abejas muy buena, cuatro libras o cuartillos.

Hierva todo hasta que mengüe la mitad de la miel. Después añídanle de canela, de clavo, de nuez moscada, de macis, de pimienta, todo hecho polvo, de cada cual, dos drammas. Mézclese bien y guárdese en un vaso vidriado.

Tome desta conserva, el que quisiere vivir sano y preservado de las dichas enfermedades, media onza cada mañana, y verá la salud al ojo, como la vido el Presidente, que nunca más le volvió el dolor en todo el tiempo que vivió. Y adviértase que aunque no se tome sino a terceros días, o dos veces en la semana, en estas regiones calientes, bastará; y si quisieren beber algo sobre ella, pueden, como sea, dos o tres tragos de agua de anís o de canela: y en las regiones frías, de vino blanco.

Dos enfermedades se debe guardar del agarico como de mortal veneno, y agora es bien que sepa que así en la cura como en la preservación dellas, se tiene de abstenner y huír de comer peras, ahora sean crudas, ahora guisadas, o en conserva, porque hacen y causan estas enfermedades por facultad y propiedad oculta que para ello tienen.

Ansimismo terná entendido de la historia deste Discurso cualquiera que fuere de buen entendimiento y tuviere, como dicen, sangre en el ojo, que ningún cristiano se debe ni puede curar con médico bajo de mala conciencia y peor casta, y esto, so pena, demás de poner en riesgo la vida, de excomunió lata sentencia, como consta de los sacros cánones, y lo mismo se debe entender de los boticarios, por quanto así los unos como los otros, si no son tales, tienen mucha mano y ocasión para matar mil hombres, quedándoles el brazo sano y sin castigo; por lo cual es justa cosa y necesaria para cualquiera hombre honrado examinar primero la vida y costumbres del médico y boticario con quien se hubiere de curar, que no sus letras, porque no le acontezca lo que a nuestro Presidente, que lo libró Dios milagrosamente por medio de mi buena deligencia. Y esto basta haber sacado deste Discurso, aunque más no hubiera, para haber pagado el trabajo de su prolija y larga historia.

DISCURSO 4

TRATA DE UNA PROLIJA Y DIFICULTOSA FIEBRE QUE EN LA ISLA Y CIUDAD DE SANTO DOMINGO CURÉ AL ADELANTADO DE CAMPECHE.

En este tiempo aportó a aquella ciudad e isla el Licenciado Alonso Maldonado, Presidente que había sido en aquella Audiencia, y después de la de Guatimala, y dende allí se había casado con doña Catalina de Montejó, mujer que había sido del Adelantado de Campeche, con la cual heredó aquel estado, y para que el Rey se lo confirmase le fué necesario haver de ir a España siendo ya de edad de 65 años; y estando allá en la corte le dió una fiebre lenta flemática, cuotidiana, continua, que lo tenía muy al cabo y consumido, y no hallando en los médicos del Rey remedio en mucho tiempo que con ellos se curó, se vino a Sevilla adonde también lo curaron los mejores médicos que en ella había, sin fruto ni provecho alguno, y la causa desto fué porque no le miraron ni riquiríen el vientre y miembros naturales que en él están, según que él refirió, los cuales tenía tan estragados y opilados, que parecía tenía el vientre lleno de agujas o huesos, de adonde le procedía aquella tan pertinaz calentura; porque toda fiebre que se alarga más de su derecho, tiene de ser, como Galeno dice, por una de tres causas, conviene a saber, o por tener algún miembro interior afecto y mal acondicionado, como ésta lo tenía, no uno solamente, sino todos, o por estar el humor crudo, o por yerro que se cometió en la cura, de parte del médico o enfermo.

Llegado, pues, a Santo Domingo, que iba a Nueva España para morir en su casa, llegó tal, que no se atrevió pasar adelante, y el Presidente, que entonces era Alonso Arias de Herrera, su sobrino, lo aposentó, hospedó y regaló mucho, consolándolo más de lo posible, y animándolo, porque venía muy triste y melancólico,

sobre lo mucho que él lo era de su natural cosecha y condición, por no poder llegar a morir en su casa y en los brazos de su esposa, que tan deseada tenía, y entre muchas cosas y esperanzas falsas que para ello le propuso, porque, a la verdad, poco o nada tiene que esperar el que la vejez lo lleva ya por sus pasos contados a la muerte, fué decirle que tenía allí un médico de la patria, que hacía milagrosas curas, y que sin falta lo sanaría. De lo que se rió mucho el Adelantado, que creo fué la primera vez que lo hizo en toda su vida, diciendo: —Pues no me pudieron sanar ni aun quitar una onza del mal los mejores médicos de la corte y de Sevilla y ¿queréis que me sane el que aquí tenéis, que pasó acá, por ventura, porque en España no le daban una mula que curase, como hacen los demás? —No es desos éste, que yo lo conocí en Salamanca, que era discípulo de Alderete, y cura también y mejor que su maestro, y tiene aquí hecho curas maravillosas, y entiendo sin duda que tiene de sanar a V. S., si se pone a ello. —Pues invialdo a llamar, que quiero ver ese milagro. Luego envió el Presidente a Pedro Maldonado de Huelmos, escribano que había traído para la residencia, que me llamase, y habiendo llegado, me habló en la sala antes de entrar al enfermo, y me encargó mucho y encargó la salud del Adelantado, diciendo que si lo sanaba, lo que no habían podido hacer los mejores médicos de España, demás de sacarle la barba de vergüenza, porque le había dicho grandes cosas de mí, no tenía necesidad de curar más, porque él me haría hombre y me daría muy largamente de comer para toda la vida.

Entramos a ver el enfermo, y habiéndole dado la bienvenida, me asenté a su cabecera para le tomar el pulso, y no me dijo otro cosa más que: —Bien mozo es. —Por falta deso, respondí yo, está V. S. enfermo, que a ser tan mozo como yo, hubiera desechado el mal. Largó el brazo para que le tocase el pulso, y dijo: —Haga su oficio y dejémonos agora de contar los años. —Meneester, pues, será darnos noticia dellos para regular la

cura conforme a la edad. —Regúlela conforme a cincuenta años, poco más o menos, aunque eso nunca lo he visto yo preguntar a médico ninguno, y me han curado los mejores de Castilla, y su Alderete entre ellos. —Tampoco le habrán tentado la barriga. —Alderete sí tentaba cuando me curaba, pero todos los demás no hacen caso deso. —Y aun por eso no han sanado a V. S. Pues tén-ganse tomadas dos urinas para mañana: la una será la primera después de media noche, y la otra la de la mañana, y esté en ayunas hasta que yo venga, sin comer ni beber de media noche en adelante. —Harto en ayunas estoy, pues que no puedo comer cosa que pese una onza. Y agora ¿qué tengo de cenar? —No es noche esta de cenar, porque la calentura va creciendo, y entiendo no declinará hasta más de tres horas de noche. —Y aun entonces declina mal, que toda la noche me dura, aunque no tan recia. —Pues cuando viere V. S. que comienza a declinar, tome una escudilla de almendrada con un bizcochillo y una poca de agua sobre ella. —Si la tengo de tomar hánla de hacer sin azúcar, que no puedo ver duce ni cosa que con él se guisa. —Hágase como V. S. mandare. Y con esto me despedí aquel día, que lo había ido a visitar a las tres de la tarde.

A otro día de mañana, luego la primera visita que hice fué a verlo, y hallélo muy quejumbroso y que había dormido poco y mal dormido por razón de la calentura que le había durado toda la noche. Tentéle la barriga y no hallaba en toda ella cosa de carne, sino durezas y más durezas, que cuando las vide y palpé le dije: —No me espanto que V. S. no haya sanado teniendo todo aquesto que aquí tiene, antes de cómo no es muerto me maravillo. —Pues ¿cómo tantos como me han curado nunca vieron eso? —Porque hay muchos médicos que son mejores para caballeros o señores que no para médicos, y afrentándose de su oficio no lo hacen ni ejercitan como deben y son obligados, sino con tanto asco, melindre y ademanes, que más parece que hacen oficio prestado y de por fuerza que no el suyo; y desta manera conocí yo algunos

que el día de la purga no visitaban el enfermo hasta la tarde, que la purga era ya acabada, diciendo que a la mañana estaba el aposento de mal olor y que querían ahorrarlo; otros que buscando unos guantes grandes hacían echarle una libra de adobo, y ahuyendo de ver el esputo del enfermo o la cámara, porque la enfermedad así lo requiere para poder ser bien curada, se encorban y hacen atrás, como quien huye del coco, y se ponen los guantes por antipara, y tapándose ojos, boca y narices con ellos, no ven cosa que pueda ser de provecho para el enfermo ni la pretenden ver, y con esto cumplen con el miserable, tirándole la paga y dejándolo con la enfermedad en el cuerpo, como hicieron con V. S. por no quererle ver y tentar esto que aquí tiene, que su intención destos tales no es más que con su autoridad y ademanes engañar el mundo y aumentar el mayorazgo que van fabricando, y si no, no se fatigan por ello, diciendo que no fué Dios servido, y no entienden ni lo quieren entender, que la ganancia nunca trae mal olor consigo.

—Y cómo que todo eso es verdad, respondió el Adelantado, Dios y mi bolsa lo saben, que me cuestan en sola esta enfermedad, más de mil doblones visitas de médicos. —Pues agora no le costará a V. S. más de tener paciencia algunos días, por cuanto la enfermedad que en mucho tiempo se fabrica y congela no puede en pocos ser remediada, y también tiene necesidad de tener coraje y ánimo para tomar todo lo que para su salud fuere necesario, que no se toman truchas a bragas enjutas, ni las graves enfermedades, cual es ésta, sanan con pequeños y sabrosos remedios, sino con otros tan fuertes y desabridos como ella es, que contrariar eaden est disciplina, y a grandes cautelas cautelas mayores, y un traidor con dos alevosos se cura.

—Paréceme que ya me canta la solla y me muestra primero la horca que la villa, pues avísóle que yo estoy ya muy harto de purgas y jarabes, y que no será pusible tomar ya más. —Pues tres no más tomará agora V. S., que no tienen mal sabor, y tienen punta de agro, que no

lo endulzarán más de lo que está. —Si no han de ser más de tres, vengan, que hasta éstos yo los beberé. Luego envié por tres onzas de jarabe acetoso compuesto, y lo tomé a cucharadas, y bebí tras él un poco de agua de anís, que no quiso beberlo mezclado con ella, y luego me preguntó el Presidente por lo que había de comer, porque no podía ver ave ni pollo. —Mandé V. S., le dije, que le den una naranjada duce, y tras ella unas pechugas de gallina de Guinea, hechas jigote, o como las quisiere, y coma de una piña buena a vueltas y un anon por postre, pues que no gusta de dulce. —De todo eso me parece que comeré, dijo el Adelantado, si no me tiene de hacer daño, porque la gallina de Guinea dicen que es caliente y pesada, y la piña pura, colora. —Aunque pesara una arroba, no fuera pesada, siendo de tan buen mantenimiento y carne como es, cuyas pechugas eceden mucho en bondad a las gallinas y perdices comunes españolas; y la piña no tiene migaja de colora, que todas éstas son opiniones falsas del necio vulgo, que jamás acierta si no es por yerro: y así puede comer V. S. de todo ello sin escrúpulo alguno, que antes hará provecho que daño. Quedó muy contento con esto y me certificó en la vesita de la tarde que había comido más aquel día que en todo el camino.

A cabo de tomar los tres jarabes y al día siguiente habiendo la urina mostrado algún cocimiento, tomó cinco ciruelas de monje, en conserva, que él traía para purgarse, que no quiso otra purga, diciendo que con aquella se purgaban en corte todos los señores, y con ellas hizo cuatro o cinco buenas cámaras de humor y frialdades, con que quedó aliviado, porque estaba muy estriñido.

En el entretanto que esto se hizo, andaba yo dando orden como la apócima aperitiva que en el primero libro queda recetada con que Alderete curaba con próspero suceso todos los opilados y lo mismo hice yo en los de Arévalo, y otros muchos sin ellos, se hiciese perfeta y fielmente, porque no había allí cumplimiento de mate-

riales para hacerla, y así fué necesario enviar 30 leguas de Santo Domingo a la villa de Cotuy a buscarlos, con que se hizo lo mejor que fué posible.

Hecha, pues, la pócima y habiendo pasado tres o cuatro días de la purga, se la llevamos en una olla vidriada, en cantidad de 12 largos cuartillos, y prometiéndole cierta y perfecta salud si la bebía toda por el orden que en el primero libro declaramos, que era tomando medio cuartillo al amanecer y otro tanto a vísperas, y el tercero a la noche cuando quisiese dormir, se alentó y tomó buen ánimo, tomando la ración de la mañana, y cuando vino a comer, como la tuviese todavía en el estómago, que como temprano no pudo comer bocado, antes vomitando la pócima y muchas flemas con ella, quedó tan desabrido y mohino que envió a llamar al Presidente, y con mucha ira y enojo le dijo: —¿Este es el médico que me alabábades?! ¡Oh, maldito sea, y el barco que acá lo pasó! Yo apostaré que en su vida curó sino machos o asnos, y no es posible otra cosa, pues a un hombre como yo, que no puede comer tanto tiempo ha, va a dar unos meados de asno que beba, con que me acabó de quitar totalmente la gana de comer y no resta ahora sino acabar también la vida brevemente.

Salióse el Presidente enfadado y medio corrido, y enviándome muy depriesa a llamar, me dijo muy enojado: —¿Qué es esto que mandó tomar al Adelantado, que está tomado del diablo, y dice que le acabó de quitar la gana de comer, y que lo ha muerto? —Entremos allá, dije yo, y veremos eso como es. Y entrando cuando entendí que se moderaba, se mostró más airado, y medio levantado en la cama me dijo desta manera:

—¿Qué es esto, Señor? A un hombre como yo, que lo curaban con sesos de azores ¿se sufre dar un cuartillo de meados de asno a beber? No puedo creer sino que jamás ha curado sino mulos o asnos, porque semejantes remedios no son para otra gente. Yo le respondí sin alterarme cosa alguna: —No va fuera de camino V. S. en eso que dice, que más de 25 curo por año, y aun ago-

ra tengo tres o cuatro dellos entre manos. —¿Soy yo alguno dellos? —Tú dicis, respondí yo. Y luego volví, diciendo: —Perdóneme V. S., que el señor Presidente que presente está tiene la culpa desto: que me encomendó tanto su salud y con tantas veras me la encargó, que me hizo buscarle el remedio embajo de la tierra, y enviar treinta leguas de aquí para traer recaudo suficiente con que se hicieran esos meados de asno que dice, por cuánto ellos solamente son bastantes a curar y sanar esa fiebre y mal que tiene, y quitados ellos no hallará remedio ninguno otro embajo ni encima de toda la tierra que lo pueda hacer; mas agora que ya tengo sabida su condición, y que no quiere salud contra su gusto, buscaremos algún remedio que sea de tan bueno y mejor sabor que el néctar de los dioses, y cuando no sirva para darle salud y sanarlo, sirvirá para darle buen gusto y engañarlo, como hasta agora los demás médicos que lo han curado lo han hecho. No me respondió palabra, sino abajó el morro, y yo también me salí luego, quitando la gorra de mala gana, y sin hablarle, haciendo muy del enojado, y ansí no quise volver allá más, hasta que pasados ocho días me volvieron a llamar y me lo rogaron mucho.

Quedóse el señor Adelantado rumiando en aquello que le dije, y cuando vino la hora de beber la segunda ración, dijo a su camarero que asistía siempre en su presencia: —Basta que no hay otro remedio que me pueda sanar embajo ni encima de la tierra sino éste, daldo acá, daldo a los diablos, que lo quiero beber, sepa a lo que quisiere. Dióselo el camarero y bebiólo sin hacer ascos ni melindres como de antes, y desta manera fué bebiendo la media arroba de pócima hasta acabarla, y después que la hubo acabado, envió a llamar al boticario y le preguntó si le había quedado la receta de aquella mala bebida, y diciéndole el boticario que sí, le mandó que luego le hiciese otra tanta, a lo que respondió que no podía ser tan presto como quería, que era necesario ir al Cotuy por raíces de hinojo, apio y perejil, que no las había allí. Y despachando un alguacil del campo, las trujo bre-

vemente, con que se le hizo otra tanta pócima que volvió a beber de nuevo con más gana que la pasada, sin habérselo rogado ni mandado persona alguna, porque yo no había vuelto más a verlo.

Bebiendo, pues, la segunda pócima, ya que tenía la mitad bebida, dijo al Presidente que lo entró a ver una mañana: —¿Cómo el Licenciado no ha vuelto más acá? —Bueno lo paró V. S. para que volviese. Es de la piel del diablo y el hombre más libre y que más a su gusto vive de cuantos aquí hay; que juega dos mil ducados de una asentada y no se le da dos reales por los perder o ganar, y desta manera es un perdido que no se le da cosa por curar ni dejar de curar, que si quisiera aplicarse y recogerse, en menos de un año con lo que ya tiene, se podía ir con veinte mil ducados a España. Y en esto de su oficio, aprendió también del Alderete a tener mucho punto y no consiente que lo agravien, porque de otra manera luego deja el enfermo por más pintado que sea.

—¿Todo eso tiene, y tan mozo? Pues agora yo quiero que nos hagáis amigos, que por este término hablaba al Presidente, que, como ya dije, era su sobrino, y será desta manera: —Yo me siento ya mejor, a Dios gracias, y quiero mañana salir allá a la sala y que comamos juntos. Haceldo llamar de mañana, y combidaldo que se venga a comer acá, que yo le desenojaré.

Subióme luego de mañana el Presidente a mandar que fuese allá la primera visita, que había estado indispuerto aquella noche, y llegado que fui, me dijo: —Tómeme el pulso. Y tomado, preguntó: —¿Qué tengo? —No le hallo mal alguno, respondí yo. —Verdad es; que no le llamé sino para que entremos a ver al Adelantado, que se siente ya bueno y quiere ser su amigo. —Vamos donde V. mandare, que ya se me quitó el enojo. Entramos a vello y estuvimos esperando sin hablar a que acabase de beber la pócima, que a la sazón estaba tomando, y la bebía tan a espacio y en tanta cantidad, que fué menester esperar tiempo notable; que la bebía por una taza de plata muy grande, grabada toda con mu-

chos bestiones y labores dentro, que había sido del famoso Motezuma, Cacique de Méjico; y habiendo tardado media hora en beber, se puso muy de espacio a aguardar, que lo que había quedado entre las labores represado bajase escurriendo al bordo para darle otro sorbitón.

A este tiempo rompí yo el silencio y le dije: —¿Pues tan bien sabe ya a V. S. la pócima, que habiendo bebido un cuartillo y más della, aguarda por ese trago que queda para que le revuelva el estómago y se la haga echar toda? ¿Va a decir la verdad? Respondió: —Sí, la verdad va a decir: pues no me sabe sino al diablo; mas háceme tanto provecho, que ya la quiero más que a mi padre y a mi madre; y no se hable más en ello. Y diciendo esto, se levantó y me tomó de la mano y sacó de la suya una sortija que traía de un diamante, que dijo haber costado en Lisboa 300 ducados, y me la dió; con que se me acabó de quitar el enojo que tenía.

Luego al otro día le ordené unguento desopilativo con aceite de alcaparras, partes iguales, con que se unta-re la barriga toda, eceto el hígado, porque aunque las opilaciones iban en grande diminución, todavía tenía dellas más de lo necesario, y comenzó de allí en delante de beber un poco de vino blanco, delgado y aguado con agua cocida con simiente de perejil, porque le enfadaba el agua cocida con cualquiera otra cosa, y sola ésta, como ya tengo avisado, suple las veces de la cruda, y aun le hace ventaja en sabor y buen gusto, y con él tomó mucha fuerza y ánimo, y aun contento, que, al fin, como Galeno dice, el vino es el atriaca de los viejos y para solos ellos fué criado.

Proveyósele más que hiciese ejercicio a pie o a caballo, atento a que ya no había calentura, y que comenzase al salir del sol hasta las ocho, de suerte que todo el cuerpo se calentase y sudase, y lo mismo se hiciese por la tarde; y visto que aunque hacía movimiento notable no sudaba ni jamás en toda la enfermedad había sudado, le ordené un lavatorio de cogollos de hovo, de naranjo y de limón, con cuatro puños de cebada, uno de rosas y

dos manojos de manzanilla, todo ello cocido en suficiente agua la noche antes, y calentándola bien a la mañana al salir el sol. Lo echaron todo en un grande lebrillo, y tanta agua fría encima, que pudo el enfermo estar dentro asentado, y dándole con jabón por todo el cuerpo lo lavaron todo de pies a cabeza; y después se acostó y durmió dos horas, en las cuales sudó de la cinta arriba tanto que mojó la camisa, y le vistieron otra, y dallí en delante comenzó a sudar en el ejercicio y cuando dormía, por cuanto los poros que tenía atapados no lo dejaban de antes sudar, que fué causa evidente de durarle tanto la enfermedad y aun de acrecentársela.

Con el ejercicio, sudor y untura, y principalmente con el vino se paró tal en pocos días que los suyos estaban asombrados y no lo conocían ni lo acababan de creer; y fué de suerte la salud y lo que engordó, que le tomó de verse con la señora Adelantada junto tal cariño y deseo, pareciéndole que se hallaba en dispusición para sacar la barba de vergüenza y mostrar por fuerza de armas cómo no la habían engañado los casamenteros, en decille que era mozo, y que estaba en lo mejor de su edad, que era 45 años, como le dijeron, que mandó a su mayordomo supiese si había navío para Nueva España, que se quería ir luego; y diciéndole el mayordomo que no habría navío dende a más de dos meses, porque era el tiempo cuando en aquella costa corrían los nortes y se perdían los navíos en ella, le mandó que luego comprase uno, que más tiran cabellos que cabre de nao, y lo alistase lo más breve que fuese pusible; que le hacía fuerza el amor y no podía resistirlo, porque a los más valientes del mundo había vencido y dádoles la muerte, y no era mucho que hiciese lo mismo con su señor, como lo hizo. según que luego veremos.

Compró el navío el mayordomo como le fué mandado, y mandado pregonar viaje para Nueva España, se fletaron en él muchos, ansí hombres como mujeres, que lo estaban deseando; y en teniendo flete y carga suficiente se embarcó el Adelantado, el cual tuvo mucha gana de

me llevar consigo y hacerme mucha merced, y yo no tuve poca gana para me ir con él, mas como quiera que me tenía Dios guardado para otro servicio suyo de más importancia, dió orden cómo no tuviese efeto mi voluntad ni la del Adelantado, y fué que había el Presidente cobrado tanto miedo a la purga que Ulloa le quería dar, que no fué posible dejarme salir en siete años que allí estuvo, no solamente de la Isla, mas aun de su casa, que si no era a visitar, todo el demás tiempo me tenía consigo, y con él comía y cenaba, y él enviaba a doña Marta cada día de su mesa muchos regalos para tenerla contenta y que no me estorbese la asistencia; y desta manera estuve allí aislado todo el tiempo que presidió en aquella audiencia, y cuando envié recaudo y poder a Nueva España para cobrar los quince mil pesos de minas, ya los habían llevado a España con los demás de difuntos, y desta manera tuvo fin el camino y disignio que para la Nueva España llevaba.

Salió con buen tiempo el Adelantado de Santo Domingo, y con el mismo prosiguió su camino hasta descubrir la costa de la Florida, adonde le dió un norte tan recio que dió con el navío en aquellos peñascos como dos tiros de arcabuz de tierra, y viéndose perdido el Adelantado, hizo con deligencia echar el batel y cargarlo de mujeres y muchachos, sin que hombre fuese en él más de los marineros y contramaese, a quien mandó que con toda brevedad volviesen por él y los demás que con él quedaban; porque temió que si él salía primero los marineros, que son malas bestias, no quisiesen volver por los otros, y así quiso primero salvar las vidas de aquellas pobres mujeres con sus inocentes hijos que la suya: condición de noble caballero, cual él lo era; y fué Dios servido que cuando la barca volvió, halló el navío hecho pedazos y toda la gente que en él había quedado, ahogada, no pudiendo resistir el embate de las olas que los hizo mil pedazos en aquellas peñas; y dos o tres de los que mejor sabían nadar, que escaparon, salieron tan acuchillados y despedazados, quebradas piernas y brazos,

que a pocos días acabaron en tierra, si no fué uno solo que después volvió a Santo Domingo y nos contó todo el caso como pasó, siendo testigo de vista, y mostró de cien heridas arriba que sacó de la pelea, que testificaban bien su dicho.

Deste Discurso y triste suceso, habiendo sido poco antes el más próspero y felice que jamás se esperó, podrá entender el curioso y cristiano lector, cuán caducos y falsos son los bienes de fortuna y deste miserable mundo, y cómo la variable quita en un momento lo que en muchos había dado, por lo cual no hay para qué fiar en bonanza, prianza ni felicidad humana, sino que cada uno ordene su casa y conciencia, y la disponga como si hubiese de vivir mucho tiempo, y como si mañana hubiese de morir, que es sentencia de filósofos muy experimentados y sabios que, aunque gentiles, dijeron muchas cosas cristianamente, que se deben tener en la memoria para vivir más acordada y virtuosamente.

Algunas cosas notables se cuentan y tienen en memoria deste Adelantado en aquella isla de Santo Domingo, que será bien introducirlas aquí antes de acabar su historia, para que como tales quede memoria dellas, por cuanto pasada esta ocasión no ternán lugar conveniente adonde puedan ser referidas.

Es, pues, una dellas, que era este hombre tan grave y melancólico que jamás en cuanto allí presidió lo vido persona alguna reír, y si lo iban a visitar cien hombres y a quejarse y pedir justicia otros tantos, a todos les daba el callar por respuesta, y al mejor tiempo se levantaba y los dejaba, y subiendo en su mula se iba a la fuente que dicen del Arzobispo, y esto sin dejarse acompañar de hombre nacido, si no era de Alonso Hernández Melgarejo, que mañosamente le había cogido la voluntad y con ella la nao San Pedro que le depositó, y llevábale un ciego que tañía sinfonía, que se decía Cieza, y tendiendo allí una alfombra y dos cojines se recostaba y detenía al son del agua y del instrumento hasta la oración, que se volvía por donde se vino.

Hizo en aquel tiempo el famoso poeta Bejarano cierta sátira que llamó Purgatorio de Amor, en la cual por lindo estilo poético ensartó los principales personajes de aquella ciudad, trayéndoles a la memoria sus faltas y públicos defetos, para que se emendasen, y entrellos este Presidente que a la sazón allí era, diciendo desta manera:

También vide a Maldonado
 Licenciado y Presidente
 A la sombra de una fuente
 Descuidado del [cuidado]
 Que el Rey le dió de su gente;
 Y al son de una cinfonía
 Que Cieza el ciego tañía,
 Cantaban los Melgarejos,
 Gritos dan niños y viejos,
 Y él de nada se dolía.

Era esta nao San Pedro que depositaron en aquel bienaventurado una de las que iban a la India, que con temporal habían arribado allí, y tenía de porte mil y ducientas toneladas y llevaba medio millón de registro de cargazón, sin lo que iba por registrar. Vendióse allí la nao y toda la ropa que llevaba, digo toda la que pareció, que la mitad de ella se rehundió y se quedó entre renglones, y de todo ello resultaron y se hicieron ducientos mil ducados de buena moneda, los cuales se depositaron y entraron todos en poder deste Melgarejo, con que triunfó y gastó largo y puso tienda gruesa, y después banco, con que aprovechó a los suyos todo lo pusible.

Los cargadores de la nao, como eran muchos y muy diferentes, no se conformaron en mucho tiempo, y por esto se tardaron en enviar poderes y cobrador para cobrar lo procedido, y con esto el Melgarejo lo tenía ya por suyo, y el Licenciado Angulo, que había quedado por Presidente después que proveyeron a Guatemala al Maldonado, se lo aseguraba y hacía llano a trueco de lo

que él se sabía y públicamente se decía; mas después que los cargadores se conformaron, que era ya en mi tiempo, enviaron luego un fator y cobrador para lo depositado con poderes y recaudos bastantes, el cual estuvo dos años en la demanda, y habiendo gastado en pleitear más de otros seis mil ducados, se volvió sin poder cobrar blanca, porque se lo metieron todo a la venta la zarca y le armaron un pleito eterno, de suerte que no hizo poco en no perder más que la hacienda.

Acabado que fué de ser Presidente el Angulo, y que entendieron los aqueredores que había justicia en la isla, que estaba ya en ella el Presidente Alonso Arias de Herrera, volvieron a enviar recaudos bastantes y con ellos una provisión del Rey para sólo el Presidente en que le mandaba que con todo rigor hiciese justicia y diese lo suyo a sus dueños.

Llegada la provisión, mandó luego el Presidente prender al Melgarejo y ponerlo a buen recaudo y que le secretasen todos sus bienes, y como quiera que estaba ya el banco quebrado, con más de cien mil ducados, y él no tenía raíces, no hallaron de qué echar mano y pusiéronle el cuerpo en buen cobro, entendiendo que pagaría por evitar molestia; pero salióles muy al revés, que como se vido encerrado, comenzó como otro Dédalo, que no era menos ingenioso y astuto, a buscar remedio y a las como poder librarse del laberinto a sí y a sus hijos y cuanto tenía, que los males y extrema necesidad avivan grandemente el ingenio; y hallólo tan bastante, como luego veremos, que sólo él y no otro pudo inventar la estratagemas que inventó, y fué desta manera.

En viniendo que vinieron las primeras cuatro témporas, dióse tan buena maña con el Obispo Bastidas de Puerto Rico, que allí residía, y con el Alcaide de la cárcel, que era Gamarra, hombre tan inexorable como la puerta del infierno, cómo en una noche se ordenó de grados y corona, epístola y evangelio, caso admirable, que remaneció a la mañana con bonete y sotana y con un breviario, sentado en la ventana alta de la cárcel que sale

a la plaza, diciendo en voz que lo oían cuantos pasaban: —Deus in adjutoria meum intende, y los demás salmos y lecciones del rezado de aquel día, con que ayuntó toda la ciudad a ver cosa tan nueva ni jamás oída ni pensada.

Luego se dió petición al provisor, que era sede vacante, y vistos los títulos, mandó luego al Alcaide que, so pena de excomunió, lo soltase, y después de muchas demandas y respuestas con la Audiencia, lo hubieron de soltar, y se paseó y quedó con todo y después se fué a España, y allá a fama de rico, tuvo maña cómo entrar en casa del Arzobispo de Sevilla por su tesorero, y a poco tiempo que con él estuvo lo mandaba todo, que tan mañoso era como esto, y desta manera nunca se pudo cobrar dél cosa alguna, y ansí con poco trabajo suyo vivió siempre rico y bienaventurado, y si agora lo vive tan bien en el otro mundo, que entiendo sí vivirá, según era de hábil y artificioso, no hay más que desear.

No entienda el lector por este y otros cuentos deste modo que es mi intención contar vidas y pecados ajenos, porque no escribo sino sucesos raros y exquisitos que fueron y hoy en día lo son públicos y notorios a todo el mundo, para que dellos se saque alguna buena moralidad y doctrina provechosa y algunos avisos para los prójimos, que les sirvan para vivir advertidamente y que entiendan mejor las cosas del mundo y sus marañas, para saberse librar y eximir dellas. Y esto por no ir siempre tratando de remedios y curas, que la variedad de las materias e historia alivia y quita el hastío y molestia, como Quintiliano dice, de la larga y continua lección.

DISCURSO 5

TRATA DE UNA CURA JAMÁS VISTA NI USADA DESDE EL TIEMPO DE HIPÓCRATES HASTA ESTE NUESTRO QUE HICE EN UN NEGRO QUE TENÍA UN TÉTANO QUE LE PROCEDÍO DE UNA LLAGA, QUE ES EL MÁS PELIGROSO SPASMO DE TODOS.

Estaba en Santo Domingo un negro de mucho precio y valor, porque era maestro de hacer azúcar, y valía mil y más ducados de buena moneda. Era este negro de Milchior de Torres, hombre rico y principal de aquella ciudad e isla, que tenía tres ingenios de azúcar, y en solamente el de Azoa 900 negros suyos. Tenía este negro una llaga grande y vieja en la espenilla de una pierna, a cuya causa su señor, que estaba allá en el ingenio, lo envió a la ciudad muy encomendado a Manzanilla su mayordomo, para que con mucha diligencia lo hiciese curar porque sin él no se podía labrar el azúcar, y hacía mucha falta.

Estándose, pues, curando de la llaga, le sobrevino un pasmo universal que comenzó por la misma a la pierna llagada, y de las tres especies que dél hay era la peor y más inusitada, que se dice téthano, en el cual se pone el enfermo muy tieso y muy derecho, sin encorvarse a ninguna parte, como éste estaba, y tenía demás deso la boca tan cerrada y apretada, que ya le habían sacado un diente para poderle echar alguna sustancia por ella que lo entretuviera, y estando desta manera me fueron a llamar para que lo visitase, y en entrando me dijo el mayordomo: —Yo no envié a llamar a Vmd. para que cure este negro, que bien sé que no tiene cura, que más de ciento son los que se le han muerto a mi señor desta enfermedad sin poder ser remediados, por mucha diligencia que para su salud se les hizo y ninguno dellos estaba tan enfermo como éste, sino porque no se queje mi amo y diga que no hago lo que me manda. Y realmente el negro estaba tal, que le sobraba razón para decir lo que dijo,

porque también yo como lo vide así hice poco caso dél, y diciéndole algunos remedios de poca importancia que, como a cuerpo muerto, le hiciese, lo dejaba con poca o ninguna esperanza de vida, a lo que me respondió el Manzanilla: —¿Para qué se tiene de gastar con él tiempo ni medicinas, pues sabemos ya cierto que no le han de aprovechar? Si Vmd. lo quiere, deme por él esos reales que trae en la mano, y llévelo a su casa y cúrelo y séase suyo, que si lo sana mil ducados y más vale. Llevaba yo en la mano unos reales de a ocho que me había dado a la sazón un enfermo junto a su casa, y como lo vide tal, parecióme que de balde era caro, cuanto más por seis de a ocho que yo llevaba, y que no me lo daba tanto por el dinero como porque lo enterrase yo a mi costa, como en efeto era verdad, según que después lo dijo: —Ea, pues ya que tan poco lo estima, hagamos una espiriencia en él que Hipócrates manda, y valga lo que valiere. —Haga Vmd. lo que quisiere. —Vengan cuatro negros, dije, y subámoslo a la azotea y echámoslo en cueros en aquellos ladrillos y dejémoslo esta noche a los aguaceros, que era el tiempo dellos, y válgale Dios y su ventura.

Hízose luego todo sin faltar punto, aunque no sin mucho escándalo de toda la casa y de muchos negros sus parientes que con él estaban ayudándolo a morir, que no fiándome dellos, porque vide que le tenían mucha lástima, hice cerrar la puerta de la azotea con llave, y me la llevé, porque no lo sacasen, y habiéndole caído toda aquella noche muchos aguaceros encima, cuando vino al cuarto del alba se levantó y se vino desde el cabo de la azotea adonde lo habíamos dejado, y tantos golpes dió en la puerta que acudió el mayordomo, y habiendo visto el milagro, fué a aquella hora a mi casa a pedirme albricias, de que recibí mucho contento y alteración, que no podía creer, y le dije que si así era más justo fuera darme albricias que pedírmelas, y diciendo esto me fuí con él y abrí la puerta con la llave que llevaba y vide el negro con la boca abierta, y que hablaba muy bien; y bajó la escalera por su pie, sin ayuda alguna y ligeramente, y lo que más me admiró fué que quedando todos los que

del pasmo se libran con los niervos y miembros duros por muchos días, de suerte que no se pueden menear sino mal y cojeando, a éste le quedaron tan blandos y en su natural estado, que no tuvo necesidad de más cura ni remedio otro alguno.

Divulgóse luego el caso por toda la ciudad como cosa de milagro, y aunque no sirviera de más que de hacer verdadero al buen viejo y sabio Hipócrates, que escribe este remedio por cierto y verdadero, y librarlo de la calunia y reprehensión que Paulo Aegineta sobre el caso le da, fué cosa justa escrevirlo aquí, sin embargo de haberlo otra vez referido en el capítulo y cura que del spasmo scribimos en el tratado que de las enfermedades patricias desta costa de Tierra Firme hecimos, por quanto un caso tan exquisito y cura tan maravillosa como ésta, licencia tiene para ser dos y tres veces repetida.

J. DOMÍNGUEZ BORDONA.

(Continuará.)